

HELMANTICA

REVISTA DE HUMANIDADES CLASICAS
UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA

AÑO IX

MAYO-AGOSTO DE 1958

NÚM. 29

A C I C E R O N

en su segundo milenario

Cincuenta años estudiando y explicando a Cicerón dan algún derecho para hablar de él.

Cicerón es una figura señera de primer orden en la educación de la juventud. Su vida ya por sí sola es un estimulante magnífico para los que se preocupan por prepararse un porvenir. Ante sus ojos tienen un joven salido del pueblo escalando por la difícil cuesta del trabajo, de la tenacidad y del sacrificio todas las ascensiones sociales y políticas hasta llegar a las más altas magistraturas del Estado.

En él ven cómo se puede «lograr» un joven de cualidades brillantes, extraordinarias —un «superdotado»— aunando heroicamente el esfuerzo, el estudio, la dirección y orientación de los especialistas, a la talla de su ingenio en la misma intensa proporción en que éste brilla. En Cicerón tiene la juventud un hombre dinámico e insatisfecho, prendido siempre en la llama de un ideal que se le escapa de las manos como una ilusión, de la cual no puede arrancar más que jirones...

Cicerón es un personaje de un dramatismo fascinante: primero por su sensibilidad artística tan humana y tan precisa que registra fielmente todas las impresiones que le afectan en la gama más variada de las afecciones; segundo por las situaciones tan diversas y de tan trágicos contrastes en que tuvo

que encontrarse en sus relaciones familiares, en sus amistades o enemistades sociales y políticas, en sus persecuciones, destierros y muerte; tercero por haber sido un personaje prominente durante toda su larga vida y haber estado por lo tanto en relación con los hombres más grandes de su tiempo y con los acontecimientos más trascendentales de una de las épocas más cruciales de la historia, como es la de la fundación del Imperio Romano, sacado de pila por Cicerón, verdadero «padrino» del Emperador Augusto...

Cicerón es efectivamente una figura señera de primer orden en la educación de la juventud.

Su pluma tiene la magia de restaurar aquella época como si la estuviésemos viendo. Con la tersura diáfana de su estilo tan sencillo como elegante —cuántas veces me pasaba yo las horas muertas leyendo de estudiante las introducciones de sus diálogos filosóficos y literarios sólo por el placer estético de gustar aquella prosa tan satinada— con la tersura, digo, de su estilo nos va haciendo asistir casi día por día a todo cuanto ve, a todo cuanto sabe, a todo cuanto piensa, a todo cuanto siente, a todo cuanto lee, a todo cuanto habla, a todo cuanto actúa y a todo cuanto sueña...

Sus acciones y sus reacciones están todas ellas registradas en esas ondas maravillosas de sus páginas literarias donde con una sinceridad, una ingenuidad y una personalidad tan apasionante como apasionada capta a través de su cámara subjetiva toda la objetividad circundante con su vivo colorido caracterizador.

En sus cincuenta y cinco discursos judiciales y políticos, en sus treinta y ocho tratados literarios y filosóficos, en sus ochocientas setenta y cuatro cartas... se nos revela tan entero en sí y en su proyección hacia el mundo que «no hay personaje en toda la antigüedad que conozcamos tan completamente como a Cicerón».

Su ilusión fué la formación de la juventud, su ideal dejar escuela, y su muerte la provocó el apoyo incondicional e ilimitado que para contrarrestar a Antonio recabó del Senado Romano en favor de un joven de veinte años que entonces se llamaba Octavio y luego se llamó Augusto...

Cicerón es evidentemente una figura señera para la formación de la juventud. En su bimilenario ningún obsequio mejor que presentarle en toda su alma joven ante los jóvenes que tanto amó.

Por eso HELMANTICA —afanosa de realzar las grandes figuras de la antigüedad clásica— lanza desde ahora su pregón de homenaje en el bimilenario de Cicerón y comienza ya en este número a estudiar su obra y su figura con la esperanza de dedicar por entero el próximo número de la revista a la memoria del inmortal Orador Romano.

ENRIQUE BASABE, S. J.